

Abraham fué vinculada la bendicion de las promesas; pero solo los descendientes que tuvo este patriarca con Sara (1) su esposa podian ser tenidos por hijos de Abraham y alegar los derechos inherentes á esta filiacion. El profeta habia invocado una vez la piedra angular de la casa espiritual de Dios en la antigua alianza diciendo: «Escuchadme, vosotros los que seguís la justicia y buscáis al Señor: atended á la cantera de donde habeis sido cortados, al manantial de que habeis salido» (2). ¿Cómo era posible que los que son piedras de la misma casa en la nueva ley, se olvidasen de aquella mujer admirable que les dió á luz segun el espíritu? ¿Cómo era posible que diesen ellos á sus templos la figura de la cruz magnificando así á la piedra «sobre la cual edifican» (3), sin pensar en la «cantera» de donde «habian salido espiritualmente»? Ahora bien, para significar el nombre más dulce, suave y delicioso que es dado pronunciar á los hijos de Eva; para acertar con una espresion simbólica digna de representar la flor por excelencia rica en suavísimos aromas, la maravillosa flor, magnífica sobre todas las flores del árbol puesto por la mano de Dios en el paraiso, ¿qué otro signo podia ofrecerse más excelente que la reina

(1) Rom. 9. 7. Gal. 4. 23.

(2) Is. 51. 1.

(3) «La cual piedra era figura de Christo.» I. Cor. 10. 4.

misma de las flores (1)? No es pues maravilla que junto con la cruz figurase la «rosa mística» como el más escogido símbolo de la arquitectura germánica; que fuese por consiguiente la rosa, segun observa F. de Schlegel (2), «la forma principal de toda su ornamentacion, de donde saliera la forma particular de las ventanas, puertas, torres, con todo el precioso accesorio de hojas y flores».

Acaso no nos engañemos viendo en la forma tan repetida del exágono regular—la imagen de la estrella—la *Stella matutina*, la estrella de los mares. ¿O debemos de referir esa figura á la otra estrella que «había de salir de Jacob»? El triángulo, la hoja de trébol, el número tres, que se encuentra en todas partes, son el símbolo natural del misterio en que descansa todo el sistema de la fé cristiana. Las torres empinadas, las esbeltas columnas, la facilidad y ligereza con que toda una vasta mole, cuya cima se remonta á una altura vertiginosa, parece querer elevarse constantemente al cielo con sus flechas y torrecillas sin número, todo está destinado á seguir proclamando la ley de la vida cristiana, el

(1) *Rosa sine spina, flos florum*, son expresiones muy repetidas por los poetas de todas las naciones cristianas en los siglos duodécimo y décimotercio. *O vaga mia rosa*, dice tambien San Alfonso Ligorio en sus canzoncine in onore di Maria S. S. (Montalembert, vida de Santa Isabel de Hungria, introduccion.)

(2) En el lugar citado antes.

espíritu interior de la Iglesia, fundada por Aquél que dijo: «Mi reino no es de este mundo.» Ciertamente que al cautivar no ya solo la vista, sino el alma de todo el que atravesase sus pórticos, esas fábricas dicen al corazón la palabra del Apóstol: «Pero nosotros vivimos ya como ciudadanos del cielo: de donde asimismo estamos aguardando al Salvador Jesu-Christo Señor nuestro» (1), y «si habeis resucitado con Jesu-Christo, buscad las cosas que son de arriba, donde Christo está sentado á la diestra de Dios *pádre*: saboreaos en las cosas del cielo, no en las de la tierra» (2). Por la indestructible solidez de sus pilares y de sus masas de piedra inmensas la casa de Dios, que vió nacer y pasar muchas generaciones, era la imagen «del Reino que no tiene fin,» de la casa que «el hombre prudente edifica sobre

(1) Phil. 3. 20.

(2) Cor. 3. 1.—«En el plan de las torres germánicas domina la ley de expresar una tendencia hácia arriba; esta ley se muestra aquí en su mayor fuerza y plenitud. Cada una de las partes la pone de manifiesto en su estructura particular, y cada una de las secciones ó cuerpos superiores, que proceden de los inferiores, sigue la misma tendencia. A medida que va creciendo este movimiento de ascension, tanto más atrevidas, esbeltas y leves se tornan las partes. La techumbre ochavada parece ya libre y franca, casi sin masa. La cúpula todavía más; hállase ésta sostenida solamente en ocho fuertes y libres pilastras, entre las cuales está graciosamente abierta una rosa. Por último en el extremo más exterior hácia donde se corren las ocho bandas espira aquel movimiento incesante que no tiene en sí mismo término, y una magestuosa flor que extiende gallardamente sus hojas en forma de cruz hácia el cielo, indica el fin á donde no pudo alcanzar el trabajo anhelante de los hombres.» (Kugler, Manual de la historia del arte, cap. 14. §. 1.)

piedra;» es un letrero de piedra donde se lee aquella palabra que el Hombre-Dios pronunció para siempre diciendo: *Tu es Petrus*. En fin, pues la Iglesia de Dios es la única que tiene la vida verdadera, y la única por cuyo medio se comunica á los hombres esta vida, era natural que en las obras que la representan, se mostrasen no ya aquellas formas muertas, aquella frialdad é inmóvil rigidez propias de la materia inorgánica y de las construcciones del arte antiguo; sino la materia debia de estar aquí animada, debia transfigurarse para contener la vida en su más bella y rica plenitud. De aquí en las catedrales góticas, para seguir hablando por boca de F. Schlegel, «aquella abundancia parecida á la de la naturaleza, y aquella especie de infinidad de la forma interna y de los ornamentos externos con tan grande diversidad de flores; de aquí las innumerables y constantes reproducciones de los mismos adornos, y su perfecta analogía con las plantas, cual si estuviesen en floridos arbustos; de aquí las formas elevadas en espiral de las columnas, arcos y ventanas á modo de ramos entrelazados, y la inmensa profusion de ricos adornos de hojas con que está revestido el conjunto, donde se ostenta entre flores una vida exuberante» (1).

De esta suerte en una época en que la mente

(1) Caracteres del estilo gótico.

del hombre tenia más vigor del que muestra la de ninguna otra generacion posterior cuando á la vista de aquellas maravillas de la edad media se queda con la boca abierta, ó menea desdeñosamente la cabeza, sin duda porque es harto ruin para comprenderlas; el génio cristiano creó, por decirlo así, una imágen grandiosa de la Iglesia visible de Dios, y en esta imágen el símbolo de aquella ciudad espiritual, de aquella nueva Jerusalem que el Profeta del nuevo Testamento vió «como una novia engalanada para su esposo» (1). «El tabernáculo de Dios entre los hombres», la habia llamado aquella voz grande que venia del trono (2). A este nombre hubo de corresponder el símbolo; y aunque la arquitectura hizo lo que fué de su parte con tan sublime intento, todavía llamó á las otras artes sus hermanas y las convidó á poblar el «tabernáculo de Dios» con moradores dignos de habitarlo.

151. Estas indicaciones parécennos suficientes para aclarar algunos de los puntos más esenciales del simbolismo propio de las construcciones góticas. Nuestro propósito ha sido únicamente probar que la arquitectura católica no prescinde de ninguno de los elementos que exige la esencia de las bellas artes. Por lo demás no hay ni puede haber duda ninguna sino que

(1) Apoc. 21. 2.

(2) Ib. 21. 3.

las obras del estilo germánico encierran un tesoro de imágenes y alegorias riquísimo, y eso que muchas de las que usa, no las comprendemos: para interpretarlas habria necesidad de juntar al conocimiento científico de toda la teología de la Edad media otros conocimientos no ménos fundamentales de su rico simbolismo de la naturaleza. «Aquellos tiempos de fé buscaban en la naturaleza toda analogías místicas con los deberes y creencias del hombre redimido: en el instinto y movimientos de los animales, en los fenómenos del reino vegetal, en el canto de las aves, en las propiedades de piedras raras, contemplaba otros tantos símbolos de las sagradas verdades de la fé (1). El estudio de la naturaleza considerada en orden á este fin llegó á ser muy general en el siglo XIII, segun se saca del *Speculum naturale* de Vicente de Beauvais y de un gran número de obras acerca de los animales, plantas y piedras, publicadas por aquel tiempo en prosa ó en verso (2). La misma poesía de aquella época dá este mismo testimonio. Entonces no se habian inventado aun las pedantescas nomenclaturas, que al pueblo y á los poetas les cierran las puertas del estudio de la naturaleza; ni las reminiscencias del paganismo habian pe-

(1) V. el n. 99.

(2) Consúltese con relacion á esto el *Rationale* div. officior. de Durando, en muchos lugares.

netrado todavía en una esfera que el cristianismo había vindicado para el verdadero Dios. Cuando en medio de la noche el pobre levantaba sus ojos al cielo, en lugar de la vía láctea de Juno veía el caminito de Santiago, que guiaba á sus hermanos los peregrinos que iban á visitar su sepulcro, ó el otro camino que siguen los bienaventurados para llegarse al trono de Dios. Los sábios no tenían sino una sola voz con la plebe para designar estos graciosos objetos que vemos todos los días, con nombres los más gratos para su corazón, á saber, tomados de los Apóstoles, de los santos de su particular devoción, ó de las bienaventuradas mujeres cuya inocencia y pureza parecen brillar en la immaculada hermosura de las flores. Por todo el ámbito de la tierra, ahora tan despoblada como estéril para la sensibilidad del corazón, rebosaba una vida llena de perenne belleza. Las aves, las plantas, cuanto se presentaba al hombre peregrino en ella, todos los seres vivientes, eran designados con expresiones de la fé y la esperanza cristiana. Así como en una ocasión aquellos rayos inflamados que salían de las llagas del Señor Crucificado, imprimieron en los miembros de San Francisco las sagradas llagas que llevó este serafín; así los rayos de luz y de vida que penetraban el corazón del pueblo cristiano, de fé sencilla como la del niño, imprimieron en todos los dominios de la naturaleza la imagen

del cielo, el signo de Jesucristo, el sello característico del amor» (1).

III. EL ARTE LITÚRGICO.

152. Que la Iglesia emplea todas las bellas artes, ménos la dramática por lo general, y las consagra y ennoblece en el hecho de ordenar sus obras á fines sobrenaturales; que en la Religión es donde ha podido encontrar el arte su ideal, y que á la sombra de la cruz han crecido las flores más hermosas de la poesía; es un hecho reconocido y confesado á cada paso, una verdad consignada en la historia, cuyas razones ya en parte hemos indicado (2). Siendo la Iglesia, como es, una manifestación continuada del Verbo, la obra más hermosa de Dios sobre la tierra, la revelación de la belleza celestial, suprasensible, en un medio visible, ¿cómo había de menospreciar este medio que tan suyo es, con el cual se halla tan estrechamente unida?

Llamada como está á educar seres á un mismo tiempo espirituales y sensibles fundándolos en el amor de aquel bien que ni ojo vió, ni ma-

(1) Montalembert, vida de Santa Isabel, introducción.

(2) Le véritable beau, le beau idéal de toutes les arts libéraux, ne se trouve que dans la haute sphère du culte, de la langue, des idées, des sentimens et des images de la religion. Maury, Essai sur l'éloquence de la chaire, I, XXI.